





ALLÁ DONDE NOS HALLEMOS



Miren Olascoaga Peña

ALLÁ DONDE NOS HALLEMOS



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miren Olascoaga Peña

ISBN: 978-84-10253-26-1

ISBN digital: 978-84-10253-27-8

Depósito legal: M-8533-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a mi madre, a mi padre y a los que, como ellos,  
demostraron y muestran coraje ante las olas de siete metros de  
altura con las que nos sacude la vida.*





El hombre es el lobo del hombre.

THOMAS HOBBS, *El Leviatán*



## PAÚL NIÑO

Siendo sincero, he de confesar que desde niño me han gustado los hombres, que el frote contra las caderas de mis amantes me ha arrebatado el juicio hasta hacerme alcanzar el delirio en más ocasiones de las que aconseja la templanza, pero me niego a aceptar que mis actos carnales vayan a ser la causa de la condena al castigo de que yo arda en el infierno de tortura eterna que don Martín auguraba a los sodomitas. No creo en las paparruchas que los purpurados vaticinan para los que califican como descarriados en sus interesados códigos de buenas conductas, pero sí estimo la vitalidad excelsa que las relaciones de entrega consensuada proporcionan en el plano terrenal, que es al que en definitiva, por aprehensible, debemos ceñirnos, y afirmo que no debemos permitir que se nos amedrente con elucubraciones fantasiosas de las que nadie puede dar fe porque nadie ha regresado aún del más allá para contar de forma fidedigna cuánto le quemaban las llamas en una carne que ya no poseía.

Guardo muchos recuerdos de mi infancia, la mayoría fríos y grises. De aquella época salvo, como perlas preciadas, los instantes a partir del mes de mayo en los que al mediodía salíamos corriendo de la escuela, que estaba situada al lado de la Venta, el pabellón de piedras enmohecidas en que se almacenaba y subastaba el pescado que los marineros capturaban en la mar aldeaña a mi villa de nacimiento, Fuenterrabía, y entre bromas y bulla nos quitábamos los harapos de nuestros bombachos y camisas sobre el arenal de Kai Zaharra (el puerto viejo) y, chapoteando, revoloteando y haciendo

piruetas, nos metíamos en el agua transparente, mezcla de las aportaciones de las corrientes de la mar y del río Bidasoa.

Kai Zaharra era una ensenada resguardada al abrigo de las marejadas y los vendavales, un remanso en el que, según las mareas, surgía o desaparecía una playita que poseía poca arena e infinidad de pedruscos plagados de lapas, moluscos que solo se mostraban a la vista y se dejaban arrancar cuando la mar se alejaba. El enclave conformaba una balsa plateada que estaba acotada por el muro del Paseo del Ensanche y los bloques de hormigón del atracadero en el que los barcos y los bateles fondeaban, amarrados con gruesas maromas a los troncos de haya que sobresalían del flujo del agua, mitad dulce, mitad salada, que los erosionaba de continuo.

A partir de que el buen tiempo comenzara a calentar el agua, aprovechábamos todos los ratos de ocio y el corto intermedio del almuerzo para fundirnos con ella. Nos habíamos empeñado en aumentar la capacidad que teníamos de movernos dentro de la mar y la meta a conseguir era no tener que sacar la cabeza cada tres minutos para que nuestros pulmones pudieran respirar aire terreno. Creíamos que, si persistíamos en permanecer largo tiempo aguantando el ahogo y no fallecíamos en el intento, nuestras amígdalas acabarían por desarrollar la misma función que realizan las branquias de los peces y así también nosotros podríamos absorber el oxígeno disuelto en el agua como de manera natural hacen ellos. Nos sentíamos hijos surgidos de la mar y anhelábamos convertirnos en seres duales para que, sin problemas de adaptación al agua, pudiéramos vivir a caballo entre los dos medios, entrando y saliendo del uno al otro cuando nos diera la gana.

Al comienzo de uno de los ejercicios que ideamos al objeto, antes de que nos sumergiéramos en el agua tirándonos a capén desde el muro de piedra caliza del Paseo, nos reuníamos con las cabezas juntas en conciliábulo y decidíamos cómo organizábamos los pares en los que a turnos nos trucábamos los puestos de aspirante a pez y juez. Cuando se habían zanjado las disputas de que uno quería con tal o con cual porque queriendo ganar no sé quién contaba

demasiado lento, formábamos dos líneas paralelas en las que cada uno quedaba mirando de frente al compañero que le había tocado como pareja y, antes de que comenzara cada inmersión y con frases soeces que de haberlas escuchado don Martín nos hubiera supuesto de seguro la excomunión, nos insufábamos ánimo para lograr superar la anterior mejor marca. El que hacía de árbitro cantaba los segundos durante los que, según preferencias, el que se decía ballena, atún o pulpo permanecía sumergido aguantando mecha hasta que no podía más porque sus pulmones estaban a punto de reventar, y, tras romper la lámina de su ataúd con un cabezazo liberador, el asfixiado emergía boqueando agónico y, cuando había conseguido tranquilizar su respiración, cambiaba de posición con el compañero.

En otra de nuestras invenciones pasábamos buceando uno detrás de otro por entre las piernas abiertas del que, también a turnos, nombrábamos como poste. Pese a los empujones que al nadar a ciegas le dábamos en las pantorrillas, el que se la quedaba debía esforzarse por sujetar los pies sobre el lecho y mantenerse quieto. Debía vigilar que nadie hiciera trampas y que la coreografía fuera correcta hasta que finalizara, pero lo normal era que, antes de que termináramos, dijera que se aburría porque no participaba del riesgo o, si era flojo, que nos pidiera cambio de posición porque los músculos se le estaban calambreando. Así, nos zambullíamos una y otra vez, hasta que, a la quinta o sexta intentona, lográbamos complimentar con éxito el ejercicio y estallábamos en aplausos de júbilo porque estábamos convencidos de que habíamos dado un paso más para alcanzar la consecución de nuestro sueño.

Después de ejercitarnos en estas y otras gamberradas, caíamos agotados sobre la arena húmeda y, con los ojos entrecerrados y enorme disimulo, yo aprovechaba los desvanecimientos de mis compañeros para extasiarme en la contemplación de sus cuerpos delgados de puro hambre, sus culos, sus espaldas, sus hombros estrechos y sus penes lacios.

Estábamos desnudos y no vestíamos calzoncillos ni bañadores de calzas porque éramos pobres de solemnidad. Mientras que mi mente se recreaba en sus bellezas y disfrutaba golosa de la laxitud de la escena que con sus posturas desmadejadas ellos componían para mi solaz, la alegría se apoderaba de mi ser físico y notaba que, lubricándome las entrañas, infinidad de pececitos de colores brillantes serpenteaban arriba y abajo en mi interior. En aquellos instantes de desmayo sentía que estaba en el lugar que por naturaleza me correspondía, entre varones y sin ningún apremio físico o mental, aunque jamás hice un gesto para poder tocar sus pieles saladas porque no me era necesario y me bastaba con admirar la armonía de sus esqueléticas vértebras.

Pasado un tiempo de descanso y habiendo recuperado el ritmo normal de los latidos del corazón, uno de nosotros rompía con voz de mando el hechizo y, advirtiéndome que era tarde y que debíamos regresar a casa, nos devolvía a la realidad de nuestras existencias terrestres.

Recogíamos y depositábamos entre los brazos nuestras tiras de tela y, todavía desnudos y también descalzos porque tampoco poseíamos abarcas ni alpargatas, corríamos hacia el edificio de la Venta, donde entre carcajadas y bromas unos a otros nos quitábamos el salitre con el agua dulce que salía de la manguera que solía estar tirada sobre su suelo de hormigón y cuyo chorro los pescadores utilizaban para limpiar la sangre que escurría de las heridas que los anzuelos habían producido en las bocas de las lubinas, los verdeles y los atunes que, a su llegada a puerto al atardecer, descargaban de sus embarcaciones y que, guardados en las cajas de madera propias de cada tripulación, a primera hora del día eran vendidos por las mujeres del oficio en la subasta que de lunes a sábado se celebraba en la lonja.

Aún mojados, volvíamos a tapar con escasez nuestros cuerpos y, alzando un brazo o la barbilla y emitiendo sonidos más propios de las vacas que de las personas, nos despedíamos hasta que después de comer regresábamos a la escuela o, si ya no había clase, nos citábamos en cualquier lugar para organizar la diversión siguiente.

Cada uno marchaba rumbo a su casa y era entonces cuando yo me sentía infinitamente solo porque la ilusión había acabado y, de ser Paúl para mis amigos, recuperaba de nuevo mi identidad como Paulino Expósito Giménez, rol que, por anodino, en los juegos de Kai Zaharra solía olvidar por completo.

Mi madre se llamaba Secundina Giménez, pero nunca escuché a nadie dirigirse a ella por su nombre de pila, sino que todos le decían *Miyumiyu* y a ella parecía no importarle la burla. Siendo ya más mayor entendí que el apodo era el son de un lamento y que el pueblo la llamaba así porque en verdad era una mujer adusta que desconocía lo que era una sonrisa y porque frente a todos adoptaba una actitud de disgusto y ruda defensa. Desconozco la edad que ella tenía cuando yo era un crío porque siempre la conocí anciana. Le faltaban todos los dientes y tenía los ojos oscuros y sesgados. Llevaba el pelo negro recogido en un moño que portaba pegado sobre la nuca con una redecilla de hilo que presentaba zurcidos en algunos surcos y, siempre, luciera el sol o cayeran piedras de granizo, usaba el mismo vestido negro largo que, con semejanzas de sotana, tapaba sus tobillos y muñecas. Sobre las caderas se ataba un delantal negro y todos los días de la semana, desde el mediodía hasta después de oscurecido, servía sidra en una casona de La Marina.

La sidrería era el lugar en el que mi madre trabajaba y en el que ambos vivíamos. A pesar de que estaba construida con piedras y argamasa y de que poseía una cubierta a dos aguas levantada con vigas de roble a la que tejas de barro cocido protegían del azote de las lluvias, su aspecto interior era el de una cueva de monte dominada por la penumbra. Formaba un rectángulo que carecía de aberturas en sus lados largos y sus muros estaban ennegrecidos por el humo que emergía de los asados que ella cocinaba de continuo a demanda del que lo interesara y de los cigarros que los parroquianos fumaban mientras que, sentados a las mesas en los bancos largos, bebían sidra en vasos de vidrio. Cuando no hacía frío y permanecían abiertas, la luz del sol conseguía colarse por

el portón de entrada que daba a la calle principal de La Marina y también por la puerta trasera por la que se accedía a la huerta, pero, mientras duraba el invierno, la luminosidad del exterior, que ya de por sí era escasa, solo se infiltraba durante los segundos en los que el cliente abría el portalón y, tras penetrar en la humareda, cerraba a toda prisa para que no se desvaneciera el calor que las ascuas contenidas en los braseros nos proporcionaban.

Nuestro remedo de hogar, al que llamábamos el cuarto viejo, era una celda que estaba situada al fondo del garito, detrás del mostrador de tablas sobre el que ella manipulaba las jarras y los vasos que los clientes le pedían y donde salaba los pescados antes de colocarlos dentro de los hierros y someterlos al fuego. La pequeña estancia tampoco tenía ventanucos de ventilación y estaba separada del resto del local con una cortina gris de tejido áspero que colgaba de la pared y que en su parte superior estaba sujeta a la piedra con una hilera de clavos hincados a martillazos. En su interior los dos dormíamos encima de un colchón relleno de lana de oveja que estaba colocado directamente sobre el piso de cemento y nos tapábamos con una única manta. Al lado del jergón había un baúl de madera carcomida que estaba adornado con remaches de latón en sus cuatro esquinas y dentro del que, dada la escasa envergadura que entonces me caracterizaba, creo que encogido a cuatro patas habría cabido sin dificultad. Estos útiles eran todas nuestras posesiones y, a pesar de la sempiterna presencia del cofre a nuestro lado, nunca vi a mi madre rebuscando en su interior y, aunque no hubiese nada que lo impidiese porque no tenía cerradura ni sogas que lo cerrase, yo tampoco nunca levanté su tapa.

Al cuarto viejo solo acudíamos a dormir y el resto del tiempo que no estaba en la calle lo pasaba zascandileando en la cocina del garito, escuchando las historias de la mar y las palabras gruesas que los clientes intercambiaban mientras estaban sentados a las mesas largas que estaban colocadas ante el mostrador que delimitaba el lugar de trajín de mi madre respecto de la zona abierta al público. Solía acurrucarme detrás del parapeto porque mi madre no me



permitía que me aproximara mucho a ellos y, aburrido como una ostra por la inactividad, pasaba el rato mirando a las musarañas.

Cuando la sidrería se vaciaba de parroquianos, ella se acercaba al portón, cogía la estaca que, si no tenía función de cierre, permanecía escondida detrás de su mole y, agarrándola con ambas manos, la pasaba por entre las dos grapas de hierro adheridas a la madera. Al escuchar el rasgueo producido por el roce de ambos materiales, yo despertaba de mis ensoñaciones y volvía a ser dolorosamente consciente de su desafecto hacía mí. Estábamos solos, pero mi madre no me besaba y tampoco podría decir a qué olía ella porque nunca me abrazaba. Su desapego me hacía un daño atroz, pero, para impedir que el alma se me pudriera por la sensación de abandono que me asolaba, me había propuesto actuar como que no le daba importancia al vacío afectivo al que ella me había desterrado y solía confiar en que los ruidos del ambiente me distrajeran de la tristeza. El truco de despiste me servía mientras estaba rodeado de gente, pero con la entrada trancada ya no podía abstraerme de lo nula que era nuestra relación y, aunque en aquellos momentos solo deseaba que mi madre se fijara en mí y me quisiera, ella no parecía percibir mi anhelo y continuaba manteniéndose en su habitual porte de adustez.

Indicándome que teníamos que irnos a dormir, ella viraba sus ojos en dirección al cuarto viejo y cogía la caja de cerillas, la piedra de afilar y la vela de detrás del mostrador. Raspaba un fósforo contra la piedra de afilar, con la llama obtenida prendía la mecha de la candela y, cuando comprobaba que había cogido fuerza, devolvía la piedra y la caja a su lugar de guarda. Portando la vela en una mano se aproximaba al interruptor de la luz y, girando su mariposa, apagaba las cuatro bombillas de brillo raquítrico que a duras penas conseguían vencer a las sombras del chamizo. Entrábamos en el cuarto, ella delante y yo detrás, y, mientras que yo me acostaba sobre el colchón con la misma camisa y pantalón con los que había andado durante el día, ella deshacía su moño, apagaba de un soplido la llama de la vela y, sin rozarme y también vestida, se tumbaba junto a mí.

Siempre a última hora, los miércoles y los domingos Josecho acudía al local a recoger las ganancias del negocio. Él era el dueño de la sidrería, un tipo grande de tez colorada y pelo plateado que se mostraba rudo y áspero en las formas y al que por sus aires de suficiencia la gente corriente evitaba tratar. Poseía unos pétreos ojos de color azul claro con los que escudriñaba los rincones de la tasca y las actitudes de los estuvieran allí presentes y que, cuando se detenían sobre mí y me escrutaban, me hacían sospechar que él sabía con exactitud qué pensamientos me asolaban. No vestía como la generalidad de los paisanos, sino que se atildaba con trajes de pantalón y chaqueta confeccionados a medida con telas de tonos oscuros, y solía calzar zapatos acharolados de color negro que refulgían a consecuencia del persistente frote con el paño enjabonado que su criada les dispensaba. Desde la cintura hasta el tobillo, cruzando por la mitad milimétrica de la rodilla, las líneas de sus perneras eran maniáticamente rectas gracias a los reiterados repasos de la plancha caliente sobre el tejido humedecido. Era, en definitiva, un individuo petulante, propietario de varias casas y terrenos que había adquirido por herencia de sus progenitores y de parientes solterones diversos, que vivía a cuerpo de rey merced a las múltiples rentas que percibía.

Cuando Josecho hacía su aparición, el bullicio habitual que solía prevalecer en la tasca se había ya despejado por lo tardío de la hora. La mayoría de los parroquianos madrugaba muy temprano para salir a faenar a la mar y solo dos o tres bebedores remolones permanecían sentados a las mesas porque, o bien nadie los esperaba en sus covachas, o bien estaban terminando de dirimir quién era el vencedor en la polémica en que seguían enfrascados desde que a media tarde se habían juntado en el asueto. Nada más entrar, su inquisitiva mirada azul me hechizaba y me acuciaba a que me aproximara a él. Le saludaba tartamudeando y, mientras que con el ceño fruncido él insistía en rebuscar no sé qué dentro de mí, yo me quedaba pasmado ante su envergadura de buey, apocado como un lerdo. No me quedaba más remedio que aguantar su inspección

hasta que, por suerte para mí, una carcajada o una palabrota emitida por alguno de los presentes atraía su atención y, olvidándose de mí, él giraba la cabeza para averiguar quién había interrumpido su concentración. Liberado de su influjo, me escurría hacia el cuarto viejo y me tumbaba sobre el jergón. Con las orejas bien abiertas, esperaba a que los paisanos se marcharan y a que, cuando ya solo se escuchaban los crujidos de las vigas del techo, él y mi madre hicieran las cuentas de la sidra y los servicios de asados vendidos, detallándolas con tiza blanca sobre la superficie del mostrador. No intercambiaban muchas frases, solo hablaban de números, y, cuando ella le entregaba los reales y pesetas recaudados y se hacía de nuevo el silencio, yo salía de la habitación llevando la manta arrebujada bajo el brazo y me alejaba hasta la entrada del local. Me tapaba la cabeza con el tejido, me tumbaba sobre el suelo de hormigón y ellos dos, mi madre delante y él detrás, desaparecían tras la cortina del cuarto viejo.

No recuerdo cuándo ni por parte de quién recibí la orden de que así debía actuar en cuanto que finalizara el recuento de las ganancias, pero sí que, desde muy niño, se repetía siempre el mismo ritual y que durante aquellas noches de agobio escuchaba que Josecho farfullaba:

—¡Anda, mujer, déjame!

Él ordenaba:

—¡Venga, ábrete más, demonio!

Oía a Josecho gemir en la penumbra del cuarto viejo, pero de la boca de mi madre no salía sonido alguno y, aunque las bombillas continuaban encendidas mientras ellos estaban dentro, nunca vi cuándo él lo abandonaba y nos dejaba en paz porque, al poco rato de que se iniciaran sus jadeos, yo solía quedarme dormido. De madrugada, siendo todavía oscuro en el exterior e iluminada ya solo con la luz de la candela, mi madre me sacudía hasta que yo despertaba y me obligaba a ponerme de pie. Recogía la manta del suelo y, caminando detrás de ella, regresábamos al cuarto viejo. Yo me tumbaba de nuevo, ella se quitaba el moño con movimientos

rápidos de las manos y, como era costumbre, se acostaba a mi lado sin que me dijera nada.

\*\*\*

Mi madre siempre me daba algo de comer, aunque, que a mí me constara, solo abandonaba la sidrería en verano, cuando íbamos a Echeaundía (Casa Grande) a lavar las ropas de la familia de navarricos que allá veraneaba.

En las plazoletas del barrio de La Marina se escuchaban voces de mujeres que, pese a que supiesen de antemano que no obtendrían rebaja alguna porque la miseria se había adueñado por igual del monte que de la villa, trataban de regatear con las caseras que, desde la montaña y a lomos de burro, todos los días a media mañana bajaban leche de vaca, frutas y verduras para saciar el hambre de las familias que pudiesen pagar lo que las avispadas comerciantes exigían como precio de venta de sus mercancías. Agarradas entre sí del brazo para protegerse de los piropos groseros que algunos vecinos varones les proferían o de las sacudidas que el fuerte viento prodigaba a los que caminaban entre los charcos de barro, algunas mujeres se dirigían a la iglesia que estaba al lado de la Venta y otras iban al muelle a comprar o a suplicar que se les regalara el pescado que no era óptimo para la venta en lonja porque estaba dañado por los rasguños que las puntas de los anzuelos y de los arpones les habían provocado, pero yo nunca me topé con mi madre realizando las actividades cotidianas que yo veía que, solas o acompañadas, las demás hacían en la calle.

No sé cómo conseguía los productos, pero, cuando yo volvía de la escuela o de pasar el rato haciendo pifias, ella me servía sopa de lapas y patata o un verdel asado en las brasas o un potaje de alubias, condumios que variaban en función de la estación en que nos hallásemos. Aunque ella no saliese a comprar al mercado y formase parte perenne del garito como sus mismos bancos corridos atornillados a los muros, creo que ella hacía magia a la hora de aprovisionarse ya que nunca me faltó alimento.

Cocinaba para mí sobre las ascuas que contenía una estructura rectangular de hierro que, apoyada sobre dos caballetes de metal, estaba colocada en el porche bajo techo que resguardaba el portón de los zarandeos con los que el viento y la lluvia gustaban de atizarnos y en la que, previo pago de unos reales más aparte del precio de la sidra que trasegaban, ella asaba lo que los clientes traían en crudo para que, unidos en cuadrilla, ellos almorzaran o merendaran.

Siempre presta a solventar las demandas de los parroquianos que precisaran comer, mi madre se encargaba de que de continuo hubiera carbones incendiados bajo la rejilla de alambre que sobresalía del armatoste. Si estaban a punto de apagarse, ella aportaba a la masa moribunda una porción de los leños que un mozo traía a carretilladas, supervisado el montante por Josecho cuando las existencias menguaban, y que se guardaban apilados en una carbonera levantada al lado de la parrilla, la cual, si ella no andaba cerca, estaba cerrada con candado. Exudados por el ardor de sus iguales ya semidesfallecidos, los palos prendían al poco y así la fuente de calor permanecía siempre viva.

Si hacía frío, ella cogía un cucharón y, empujando con su parte cóncava, atrapaba unas ascuas y las depositaba en unos cuencos de lata. Tras espolvorearlas con sal para que no desprendieran humo y se conservaran ardientes durante más tiempo, los introducía en el local y en nuestro dormitorio y de esta manera conseguíamos entibiar algo el gélido ambiente.

Cuando daba por concluida su jornada de servicio, con la ceniza alada que reposaba dentro del artilugio y ayudándose con una rasqueta de las que los marinos utilizan para limpiar el verdín incrustado en los costados de las embarcaciones, ella cubría los rescoldos últimos para que a lo largo de la noche terminaran extinguiéndose por la falta de oxígeno. Al despertar siguiente, su primer cometido como criada era abrir el portón, agarrar con una mano cada asa del rectángulo, librarlo de su sujeción a los caballetes con una sacudida y volcar su contenido dentro de un cubo de latón.

Luego, con el envase apoyado en el hueso de su cadera, cruzaba el largo del local hasta la puerta trasera que daba a una huerta y con la ceniza apagada abonaba los pies de sus queridos manzanos.

Nunca vi comer a mi madre porque nunca me acompañó mientras yo devoraba lo que me ponía delante. Cuando tenía preparada mi ración, me indicaba con un parpadeo que me sentara en el suelo, detrás del mostrador de tablas, y, tras colocarme el cuenco entre las manos, ella cogía un bote de barro cocido y se alejaba hacia el extremo para mí más siniestro de la sidrería porque en los recovecos que había entre sus volúmenes reinaban la oscuridad plena, el moho y las cucarachas, y en el que, asentadas sobre unas cunas fabricadas con tablones entremetidos a fuerza de clavos y púas, reposaban separadas entre sí las tres barricas de madera de roble que guardaban la sidra de la que el negocio traía causa. Eran tres estructuras gigantes, cada una de unos tres metros de diámetro, y en la mitad inferior de dos de ellas se apreciaba la existencia de un agujero del tamaño de un botón de camisa, perforado adrede en la superficie rugosa, que se encontraba cegado con una bolita de sebo para impedir que la sidra escapara por el boquete que, si no estaba obstruido por el tapón, posibilitaba su paulatina fuga del encerramiento. En el tonel que estaba a disposición de la clientela, el pegote de grasa había sido sustituido por un grifo de madera cuya parte trasera en forma de tubito encajaba a la perfección en el orificio, a fin de que, pese a la contumaz presión del líquido contra sus paredes, no pudiera huir ni una gota de su mole. Abriendo la manivela del grifo, la sidra manaba en un chorro muy fino y el bebedor colmaba su vaso con ella, apurando el trueque de su moneda por el nivel de líquido preestablecido que podía servirse a cambio. La masa de licor quedaba tan al ras de la boca del recipiente, que parecía que estaba a punto de despeñarse sobre el piso que, aunque estaba protegido con un barreño que recogía las salpicaduras que provocaba la fuente en continuo movimiento, permanecía siempre resbaladizo por culpa de la desidia de los clientes, quienes de por sí eran muy descuidados y aún más cuando tenían el morro caliente.

Cada vaso costaba un importe que Josecho aumentaba de año en año y por las jarras de barro, que recogían el contenido de cuatro vasos llenos hasta arriba, se cobraba un valor que no era equivalente a la suma de los vasos individualizados porque se rebajaba un poco el precio por el mayor consumo de una tacada, y los parroquianos porfiaban en el cambio de sus reales a sidra hasta rozar el mismísimo límite de lo permitido porque sospechaban que el dueño les tomaba el pelo con las subidas del coste, cuando sabían que incluso el precio de las manzanas había descendido.

Sin dejar de observar cómo yo metía las manos en la comida o sorbía la sopa hasta que no quedaba ni rastro, ella colocaba el bote ligeramente torcido debajo del grifo y lo apartaba unos centímetros del lugar del que el chorro salía, para que al caer el líquido amarillo dentro del recipiente salpicase en su borde produciendo una espuma tenue que los entendidos elogiaban porque debía de ser demostrativa de la buena calidad del caldo. Tras girar la manivela del grifo, la sidra surgía con un sonido que sugería la liberación del que tiene muchas ganas de orinar y no puede aguantar más, y, cuando estaba a punto de rebasar la orilla de la boca del bote, cerraba el artilugio, regresaba hasta donde yo me encontraba, y, mientras bebía y bebía a pequeños sorbos, no apartaba los ojos de la estampa que yo componía.

Salvo que yo le preguntara algo, ella nunca me hablaba y, cuando su miraba se detenía en mi rostro, yo era consciente de que en realidad no me veía porque sus ojos se mostraban velados, como si se les hubiera gastado la capacidad de percibir lo que acontecía ante ellos. No puedo decir que me educara o que me enseñara cómo debía comportarme porque, cuando estábamos juntos en la comida y al acostarnos, ella solo me observaba.

Mi madre tenía la piel muy oscura y era menuda como yo, flacos ambos hasta poder llegar a despertar la compasión del que tuviera a bien dedicarnos unos segundos de su atención y no se asustara y optara por desviar la mirada hacia otro punto menos comprometedor porque la constatación de saber famélicos a unos

miembros de su misma colectividad le perturbara su conciencia de cristiano probo. En aquella época conocí a algunos de estos personajes de vidas satisfechas y misa diaria, que sabían de nosotros porque nos cruzábamos con ellos en el muelle y en las calles de La Marina, pero que optaban deliberadamente por mirar hacia otro lado y hacer como que no existíamos. Nos sentían enemigos que podían hacer tambalear el entramado social en cuyo puesto más alto se sentían bien atrincherados y tenían miedo de que, si se paraban a charlar con nosotros, les exigiéramos que, conforme a los credos con que afirmaban comulgar, tuvieran que compartir con el pueblo hambriento los manjares que otros como nosotros les condimentaban a ellos y de los que nuestras pitanzas no tenían ni idea de que pudieran siquiera llegar a existir.

Los de la parte alta del pueblo se llamaban a sí mismos kale-tarras (los que son de las calles), porque se empleaban en oficios en los que, para conseguir un mendrugo de pan que llevarse a la boca, no tenían que sufrir el vapuleo del oleaje ni sestear al raso sobre la cubierta de un barco a la espera de que, quien por turnos se nombraba vigía, atisbase un banco de sardinas en lontananza. Sus casonas daban a calles estrechas que gozaban de pavimento adoquinado sobre el que se podía andar sin miedo a sufrir resbalones y, además del bienestar que les proporcionaba los muros de mampostería de granito con los que estaban construidas, las murallas de piedra caliza que circunvalaban el conjunto les otorgaban una protección contra los flagelos del viento de la que nosotros carecíamos.

Por contra, nosotros, los que vivíamos en La Marina, la parte baja de la villa situada extrarradio de la fortaleza desde la que ellos oteaban la desembocadura del río Bidasoa, éramos pescadores y se nos llamaba portuarras (los del puerto) porque el muelle pesquero y la mar estaban pegados a los chamizos construidos con ladrillos de barro cocido, a la Venta y a la escuela, y, a diferencia de la limpieza que campeaba en el selecto promontorio, el lodazal era parte consustancial de nuestro hábitat.



A los mayores que habitaban dentro de las murallas teníamos que aguantarles sus gestos de suficiencia cuando nos miraban por encima del hombro como si fuéramos portadores de alguna enfermedad contagiosa, pero con sus descendientes la cosa era diferente, ya que, aunque entre los hijos del zapatero, del herrero, del carpintero, de los maestros y demás profesiones de abolengo también pudiera inicialmente percibirse algún aire de superioridad, no había demostración de chulería que no se resolviera definitivamente con un buen puñetazo dado a tiempo. Lográbamos el respeto de los de arriba a golpes y, una vez obtenido, no había mayor problema de relación entre nosotros, y, de hecho, en la escuela estábamos todos mezclados, aunque, eso sí, niños a un lado del edificio y niñas al otro, sin rozarnos siquiera en los recreos.

\*\*\*

Detrás de la sidrería había un muro medio derruido y musgoso que protegía una docena de manzanos de ramas ajadas que producían unos frutos incomedibles porque su sabor era excesivamente agrio y al que, aunque en su extensión solo creciera hierba y maleza, le decíamos pomposamente la huerta. Allá meábamos y defecábamos, y de entre los pedruscos amontonados surgía un chorro de agua helada con la que nos lavábamos la cara y las manos y con la que, después de calentarla dentro de un perolo, mi madre limpiaba los cacharos de su oficio, rascando los sucios con estropajo de esparto y una pasta hecha de ceniza, aceite, sosa, grasa animal y cal viva, pertrechos de los que Josecho la proveía cuando de ellos no quedaba ni pizca.

Más de una noche en la que me despertaba por culpa de las tripas revueltas, giraba la cabeza hacia al lado que ella ocupaba de ordinario sobre el colchón común y comprobaba que ella no estaba, que se había marchado de mi vera. Corría hacia las hierbas y allá encontraba su sombra, cimbreando entre los árboles con andares de gata. Los manzanos eran bajos de estatura y se mostraban

derrengados a causa del largo tiempo vivido. Sus esqueletos dibujaban posturas retorcidas que recordaban a las gesticulaciones que, con sus manos huesudas y artríticas, realizaban en sus explicaciones los marinos que estaban ya varados en tierra por su gran edad y aún permanecían en pie gracias a que los recuerdos de pasadas fortalezas les reconfortaban cuando ya la cotidianidad les discurría sin pena ni gloria. Sus troncos y ramas eran tan raquíticos que no me suponían un obstáculo para llegar a avistarla y me guiaba en su búsqueda por los susurros ininteligibles que ella emitía. Podía percibir dónde se hallaba porque la exigua luminosidad del alba delimitaba las imágenes de los bultos contra el uniforme neblinoso con que el cielo se acicalaba tras desperezarse de la dormida.

Mi madre bailaba frente a uno de los manzanos, apretando con una mano la punta de la falda alzada contra su cadera y apoyando la otra bajo su pecho, y, mientras que con ademanes sensuales se mecía abducida por su delirio, no cesaba de sonreír. Parecía que el árbol era su pareja, que ella había tomado la iniciativa de desear seducirle al ritmo de la música que debía de imaginar que sonaba para deleite de ambos y que, gracias a la fantasía que su mente le recreaba, ella lograba fusionarse con la mujer joven y esperanzada que no tuvo derecho a ser porque la vida decidió por ella sin que le diera alternativas para que ella pudiera elegir el rumbo del camino por el que hubiera preferido transitar.

Yo la observaba extasiado porque me daba envidia la inusual energía que ella ponía en sus evoluciones danzarinas y, transcurrido un rato de contemplación admirada, hacía mis necesidades de forma queda para no molestarla, me ataba los calzones y regresaba a la alcoba. Creo que en aquellas ilusiones ella nunca llegó a ser consciente de que yo la espiaba porque nunca mostró un gesto de sorpresa o desagrado por sentirse vigilada y tampoco sé si sus danzas solitarias eran diarias ni cuánto duraban porque ella salía del cuarto viejo sin que yo me enterase y regresaba de la misma manera. No me asustaba no encontrarla a mi lado si yo abría los ojos y ella no estaba, porque, pese a mi corta edad y raciocinio,

acabé por entender que solo en aquellos ratos de soledad mística ella estaba contenta consigo misma y que ella precisaba de aquellas ausencias de ensueño, como el enfermo necesita las medicinas para conseguir que sus dolores se alivien.

Un día me animé a interpellarla sobre lo que me venía rondando por la sesera desde semanas atrás, cuando hube comprendido que mis compañeros de escuela, las mujeres esquivas, los bullosos clientes de la sidrería, los agricultores, el maestro, en fin, todas las personas que nos rodeaban, eran altas, de piel clara, pelo rubio y ojos claros, y, por contra, ella y yo éramos de tez morena y bajos de estatura. Aunque me sentía apurado por mi poca costumbre de comunicarme con ella y temía que ella reaccionara mal ante mi atrevimiento y pudiera darme un tortazo por indiscreto, traté de dar a mi voz un tono trivial y le pregunté como quien no quiere la cosa:

—Ama, ¿de dónde somos nosotros?

Al escuchar mi pregunta, noté que su cuerpo daba un respingo. Estábamos solos en la oscuridad del cuarto viejo y podía haberme hecho callar con un bufido significativo de no me molestes con tonterías, que estoy muy cansada, pero no evadió la cuestión, sino que, enfrentándola, tomó aire y me respondió ronca:

—¿De dónde vamos a ser? Pues de aquí.

La rotundidad de su afirmación deshizo mi duda de inmediato, pero como aún tenía otra espina clavada que a menudo me mortificaba y quise creer que las compuertas de la posibilidad de diálogo entre nosotros se habían abierto, aproveché el tirón y continué con el interrogante que me reconcomía:

—¿Y quién es mi padre?

Yo había constatado que a nuestro alrededor había muchos hombres adultos y que mis compañeros solían enorgullecerse comentando que el sábado saldrían a la mar a aprender el oficio con sus padres respectivos o que les ayudarían a coser las redes o a preparar los aparejos que después utilizarían en la pesca. En mi corta familia, sin embargo, faltaba la figura de un varón mayor con el que yo pudiera divertirme o intercambiar opiniones de manera

cómplice, como mis amigos decían que hacían con sus propios progenitores en los ratos que permanecían a solas disfrutando de un ambiente netamente masculino, y la razón de aquella ausencia me intrigaba.

Ante el segundo interrogante, sin embargo, su sentido de alerta saltó y se puso en pie de guerra. Como cuando respondía chula a las bromas y bravatas obscenas que los bebedores del local le dirigían, pasó al ataque y, de muy mal genio, bramó:

—¡Tú no tienes padre, eres solamente mío! ¡No lo olvides, solo mío, ¿queda claro?! ¡No permitas que nadie te confunda sobre esto, porque te ordeno que me creas y punto! ¡Y deja ya de preguntarte por sandeces que no conducen a nada, más que a calentarte la cabeza sin motivo alguno!

Años más tarde, ya siendo adulto, supe que mi apellido Expósito tenía su razón de ser en que yo era hijo de madre soltera y que la ley obligaba a colocar esta palabra dedicada al progenitor desconocido en la fe de nacimiento de los que habíamos carecido de un padre de carne y hueso en el momento en que nuestras madres nos alumbraron. Ni cuando niño ni cuando posterior fui consciente de la realidad de su maternidad en solitario, jamás le reproché que nunca me dijera quién había sido el varón que la preñó porque acepté sin dudar que solo era de ella.

La creí y ahí acabaron mis quebraderos de cabeza sobre el tema.

\*\*\*

Desde el mes de julio hasta mediados de septiembre, las familias de ricos provenientes de Madrid y de Pamplona venían a residir a las mansiones de las que eran propietarios y que, hermosas y opulentas, lucían entre el verdor de los parajes más bucólicos del término municipal, ajenas al barro y los chinches que pululaban en el barrio de La Marina.

Durante el resto del año estas casas permanecían cerradas a cal y canto y sus jardines atiborrados de maleza, pero a primeros de

junio se reiniciaba nuestra actividad en favor de los veraneantes y volvíamos de una temporada a otra a ser contratados por el secretario del ayuntamiento, quien, portal por portal nos buscaba, nos iba destinando a uno u otro palacete y, sin permitirnos derecho a réplica, nos afirmaba el sueldo de pocas pesetas que cobraríamos por la faena.

Desde que tengo recuerdo, tendría unos ocho o diez años de edad, todos los años nos enviaba a servir a Echeaundia, el palacete de la familia de Marcos Pérez de Esparza y Sepúlveda que, con su grandioso porte compuesto por fachadas y torreones enalados, sobresalía majestuoso entre la espesura arbórea de los montes que pertenecían a la campiña del barrio de Santa Engracia, enclave alejado del centro y rodeado de marismas y aves acuáticas desde el que, por su mayor altura, podía contemplarse la línea zigzagueante del río Bidasoa, la masa azul de la bahía de Chingudy y las construcciones que los franceses había decidido edificar de manera escalonada en las laderas de las colinas de la vecina villa de Hendaya. Entre los juncos y las charcas que se inundaban cuando la marea subía, las avefrías y los francolines descansaban de los viajes que a comienzos de otoño iniciaban desde el norte de Europa en dirección al cálido regazo del continente africano, mientras que, con la curiosidad típica que muestran los lugareños poco habituados a las visitas de especímenes extraños que se pasean a lo largo de la normalidad de sus refugios, eran observados de reojo por las pizpiretas kulixkas (aguja colinegra), quienes de manera permanente habitaban en el frondoso resguardo que los matorrales les proporcionaban.

Desde la ciudad de Pamplona y siempre el día 1 de julio, Marcos, su madre doña María y don Eleuterio, el secretario de la familia, llegaban a Echeaundia montados en el interior de la diligencia que tenían a su servicio, un hermoso carruaje tirado por cuatro caballos y cargado de baúles atados con sogas sobre su techo y parte trasera, y se quedaban hasta el día 9 de septiembre, justo hasta finalizar la jornada en que celebrábamos la fiesta de nuestra patrona la Virgen de Guadalupe.

Marcos tenía mi edad y era más alto que yo. Llevaba el pelo rubio alborotado en guedejas y tenía una sonrisa melosa e inocente. Sus ojos verdes brillaban con tal vigor de interés que desarbolaban la inicial desconfianza de quien le examinaba con recelo al saberle extranjero. Parecían los de un querubín resuelto a perdonar las impurezas que el alma de su interlocutor escondiera, ya que, pese a la intensidad de su atención, su gesto no provocaba incomodidad sino que albergaba una profunda simpatía hacia todo aquel que se le acercara.

Su madre había nacido en Chile y era una mujer menuda que exhibía el porte de una gran dama, que vestía elegantísima con ropas de colores brillantes, pero que parecía no pertenecer a este mundo. A nosotros, que éramos de pocas pero concisas palabras y no rehuíamos el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con quien se nos pusiera por delante, nos parecía un tanto extravagante, ya que, mientras parloteaba sin fuste, miraba a su alrededor aleteando cual mariposa a la que nada en concreto le interesara y no supiera muy bien dónde tenía que posarse. Como si por equivocación hubiera descendido de los cielos y no fuera capaz de habituarse a los avatares mundanos, doña María aparentaba estar siempre en la inopia, que su cabeza no se hallara pegada sobre su cuello, sino que, desgajada de la realidad, vagabundeara por confines que le eran más atractivos que la existencia terrenal que le había tocado sobrellevar después de que asumiera a regañadientes el rol concreto que se le había asignado en el momento de su nacimiento.

De su padre se decía que, entre las hebras del tabaco que le gustaba fumar en los atardeceres tranquilos de su hacienda chilena, los indios que eran sus obreros le habían introducido un polvo que se obtenía tras machacar un buen puñado de hormigas disecadas, veneno que había terminado por roerle los pulmones y por el que había resuelto cruzar el océano Atlántico a toda prisa junto con su esposa y su secretario cuando atrapó la enfermedad, porque no se fiaba de los métodos que practicaban los curanderos nativos y estaba convencido de que su médico de confianza en Pamplona

na pondría remedio al infortunio en un santiamén. Sin embargo, poco antes de aquel verano de 1932, él había fallecido y ningún vecino parecía acordarse de si había sido un hombre bondadoso o, por contra, despreciable, ni nadie daba razón convincente de porqué unos salvajes le habían querido tan mal como para desear destruirle.

Dos semanas antes de que ellos llegasen, el secretario del ayuntamiento entregaba las llaves de la mansión a Melchor, nuestro capataz de nariz aguileña y voz de trueno, y este se encargaba de ordenarnos para que limpiáramos el salón de amplias cristaleras y espejos sin fin, el comedor desde cuyas paredes pintadas los antepasados de la familia nos vigilaban atrincherados en las imágenes momificadas de sus retratos al óleo, los cuartos de baño con sus bañeras de hierro fundido traídas desde Buenos Aires y las alcobas que albergaban unas camas inmensas de hierro forjado que parecían flotar entre las finas telas translúcidas que, colgando desde los techos, las cubrían. Desde el alba hasta al anochecer, diez mujeres y tres hombres se dedicaban a encerar y sacar brillo a los suelos, frotar sin descanso los muebles rojizos de caoba hasta que parpadearan como joyas preciosas por efecto de las caricias que los rayos del sol les dedicaban, fregar la hermosa vajilla, los utensilios de plata que se utilizaban en el comedor, las finas copas de cristal transparente y las cazuelas y sartenes de cobre y de hierro que se guardaban en la cocina, repasar las paredes con trapos limpios para eliminar las telarañas, cortar la hierba y los arbustos del jardín, suministrar abono de vaca a la tierra para que los rosales se irguieran airosos y perfumados y un sinfín más de labores tras cuya finalización la casona relucía como si estuviera recién construida y adornada.

Las mujeres que contrataba el secretario municipal eran eche-coandres (amas de casa) y, por razones que se me escapan, no eran tenderas ni cosían las redes estropeadas que los barcos precisaban para faenar ni pujaban en la subasta del pescado por encargo de los pescateros de Irún o de Oyarzun. Tenían mal genio y fama de

bravas y en una ocasión vi a dos de ellas gritando con los cuerpos estirados fuera de los respectivos huecos de las ventanas de dos casas que corrían paralelas sobre un pasadizo que daba a la trasera de La Marina, mientras que, pese a la distancia imposible que las separaba, alargaban sus brazos y sus uñas con ansia recíproca de arañarse las mejillas y bramaban insultos de una crudeza espantosa. El escándalo iba en aumento y varios vecinos nos congregamos bajo la disputa, hasta que una de ellas profirió «¡Para joderme a mí, ya me basta mi Juanmaril!», hizo un corte de mangas, sacó la lengua, la meneó en señal de burla y, dando la riña por terminada, se esfumó en la oscuridad de su cuchitril dejando a la otra con la espuma de la rabia hirviendo entre sus dientes. Al día siguiente del incidente, la mujer desairada, que se había quedado con ganas de continuar la gresca al entenderse perdedora, expandió el chisme de que cuando su rival abría la puerta de su casa para marchar camino a Echeaundía, estando despistada a causa de las sombras del alba, había metido los pies sin querer en el montón de heces que a tal fin ella había depositado en el descansillo de la escalera. Fuera verdad o cuento, lo cierto es que la historia del desquite corrió como la pólvora por los mentideros del pueblo y, como tenía a las dos mujeres de compañeras de trabajo en la casona, me escabullía de ellas cada vez que las veía, no fuera que, si se decidían a iniciar otro de sus fuegos cruzados, me salpicara alguna de las esquirlas que surgieran de la batalla.

Por su parte, los hombres de la limpieza eran aquellos que, por sus defectos físicos —una cojera de nacimiento, unos dedos amputados con un sierra de disco traidora mientras que el desdichado fabricaba una embarcación en el varadero del astillero del Puntal—, habían sido declarados no aptos para faenar en la mar por la Cofradía de Mareantes de San Pedro. Este grupo gremial se encargaba de todos los asuntos relativos a la pesca y a las condiciones de trabajo de los marineros y, por la situación delicada en que quedaban si el cabeza de familia faltaba, socorría también a los parientes del que faenando perecía por accidente o infarto, o, aun



sin recuperar su cadáver, desaparecía en la mar. A las viudas les daban una pensión mientras no se volvieran a casar, y a los huérfanos otro montante de ayuda que perduraba hasta que tuvieran edad para trabajar.

Era sabido por todos que, gracias a que eran empleados por los ricos, los sirvientes exclusivos de verano conseguían mejorar algo el fondo de sus pucheros y estoy seguro de que, aunque le supusiera deslomarse aún más, este fue el pensamiento que motivó a mi madre a aceptar la primera propuesta sobre el asunto que el secretario del ayuntamiento le hizo. Sin embargo, como quiera que ella se mostrara tajante sobre que, aunque estaba de acuerdo con servir en Echeaundia, no deseaba dejar su oficio de sidrera porque era el que en definitiva nos permitía mantenernos medianamente vivos durante todo el año, el secretario concilió su necesidad de mano de obra y la exigencia de mi madre y su testarudez consiguió que nuestra jornada fuera diferente a la que el resto acometía. Junto con los demás compañeros de faena, nosotros llegábamos al alba a la verja de hierro en la que nos esperaba Melchor con las llaves de la finca en la mano y, aunque los demás se quedaban hasta más tarde dándole al frote o cocinando guisos, nosotros terminábamos la tarea al mediodía y así nos daba tiempo a largarnos corriendo a La Marina y a abrir el garito en hora.

Mi madre y yo nos encargábamos de lavar las cortinas de terciopelo granate, las sábanas de seda, las mantas suaves, los uniformes de las chicas que servían las comidas, las toallas de felpa; en fin, todo aquello que estuviera fabricado con tela y se ensuciara.

En un cuarto con ventanas provistas de cristales que estaba situado a ras de suelo como pieza aneja a la cocina y desde el que se contemplaba la placidez del inmenso jardín multicolor que circundaba la casona, mi madre sumergía las telas en enormes barreños de hierro que rebosaban del agua clara con que previamente yo los había llenado y, después de que permanecían a remojo un tiempo variable en función de la porquería incrustada entre las fibras, ella las restregaba con jabón de grasa de cerdo y, milímetro a milíme-

tro, las frotaba enérgicamente entre sus callosas manos hasta que lograba que los colores recobraran su intensidad original. A pesar de mi pequeña estatura y poca edad, yo era fuerte y mi trabajo consistía en vaciar con un cuenco el agua sucia que resultaba de las fricciones con que mi madre se afanaba y, cuantas veces ella me ordenara, volver a llenar los baldes con el agua limpia que manaba de un precioso grifo de figura plateada. Al principio, cuando empezamos a ir a la casona y mi madre no estaba presente porque se había largado al interior de la casa en busca de más prendas que precisaran de lavado, aprovechaba el intermedio solitario en dejar que el agua corriera sobre mis manos y mis brazos porque su golpeteo me provocaba una sensación de lascivia que me encantaba. Mientras el agua me acariciaba la piel y su rumor de cascada me sonaba a música, me abstraía de lo real en divagaciones absurdas que tenían mucho de erótico. Me dejaba ir durante un buen rato hasta que, en cuanto escuchaba la cadencia presurosa de sus pasos descalzos que regresaban, cerraba el grifo a toda prisa porque su cercanía me hacía despertar del ensueño y me asaltaba la idea de haber estado cometiendo algo pecaminoso. El gozo se desvanecía de repente y era sustituido por un sentimiento de culpa vergonzante porque me atacaba la comprensión de que el objeto de mi deseo no era el agua corriente que la manguera de la Venta escupía sobre las piedras manchadas de tripas de merluza, coágulos de sangre y escamas, ni el agua débil que salpicaba agónica entre los líquenes de nuestra huerta, sino que aquella era un agua extraordinaria que, surgiendo de una fuente de capricho enmarcada entre gigantescas margaritas blancas y hortensias moradas, me proporcionaba unas sacudidas de placer que me embelesaban, pero ante las que, equivocadamente, me decanté por asociarlas a la noción del pecado con que don Martín trataba de cercenar la naturaleza animal de la tendencia al goce de los sentidos en que él temía que su feligresía se abandonase. Así, por miedo a desobedecer las enseñanzas del cura y no porque nadie me llamase la atención por dejar correr inútilmente el agua, acabé por desistir de la práctica de aquel her-

moso juego y decidí que, mientras permaneciese en los dominios de Echeaundía, me comportaría de forma juiciosa.

Para el día 1 de julio la casona estaba reluciente y Melchor nos preparaba para la recepción que adoraba porque le suponía la culminación de sus artes directoras. De habitual nos arengaba con que éramos unos maleantes y unos vagos para que nuestro amor propio se picara y le fuéramos más productivos en la tarea, pero el día del recibimiento se mostraba satisfecho y suave como la seda. Como requisito indispensable para que pudiéramos integrarnos en el comité de bienvenida, Melchor nos pedía que tuviéramos la cara y las manos limpias, que nos sacudiéramos la pelusa de la ropa, que nos atusáramos el cabello con saliva y que, con la espalda recta y el pecho hinchado, formáramos según orden de edad sobre una raya imaginaria que él delimitaba delante de los muros que rodeaban la propiedad. Tras aprobar con un gruñido de satisfacción la disposición que entendía correcta, ataba con candado la cadena de hierro que sellaba la verja de la entrada y todos quedábamos a la espera de que los amos aparecieran. No sé cómo se las ingeniaba para saber la hora exacta, pero lo cierto es que la carroza surgía al poco de entre la arboleda, rodeada de una nube compuesta por el polvo que sus ruedas soliviantaban en su andadura por los caminos de tierra. A consecuencia del esfuerzo que les significaba acarrear desde tan lejos tantos cofres y pasajeros, los caballos sudaban y tenían los ojos salidos de sus órbitas. Cuando llegaban a nuestra altura, el cochero los frenaba tirando de las bridas y, con el carro ya parado, don Euleterio salía presuroso de la cabina para ayudar a descender a doña María. Con sus zapatos de fino tacón hundidos en la hierba y apoyada en el brazo de su secretario, ella repasaba los contornos del edificio con embobamiento de niña y, cuando concluía el examen de su estructura y el recuento de los recuerdos que parecía que su visión le sugería, posaba sus ojos de forma despistada sobre cada uno de nosotros, como si le bastara constatar que el secretario del ayuntamiento no le había mentado cuando le había asegurado que tendría nuestra ayuda para poder poner en marcha aquel bu-

que varado entre robles y castaños del que ella era la capitana.

Tras carraspear para llamar su atención y recordarle su presencia, Melchor se le acercaba y le tendía la mano, pero ella no se la estrechaba con el apretón enérgico con que nosotros acostumbramos saludarnos, sino que solo posaba su palma sobre ella. Cumplida la salutación, el capataz nos hacía un gesto con la cabeza, nosotros nos hacíamos a un lado y, tras que él abriera el candado y apartara los batientes de la verja, la madre y el hijo, cogidos de la mano, entraban al camino de gravilla que conducía al porche de la casa.

Esta ceremonia de acogida a la familia se repetía sin mayores diferencias de un año a otro, pero la primera vez que vi a Marcos fue especial porque, cuando él me saludó con una sorpresiva sonrisa de afecto, yo sentí un dolor físico inusual entre las costillas que me descolocó. No me conocía de nada y, sin embargo, hecho inaudito donde los hubiera, un señorito se mostraba amable con un pelagatos como yo. Repitió idéntico gesto con todos y cada uno de nosotros y su candidez me desbordó. Mi inicial suspicacia hacia él, como extranjero y como rico, se desvaneció de un plumazo y la serenidad de su ademán me condujo a asociar el iris color verde de sus ojos con la tranquilidad que la mar muestra en uno de esos días soleados de verano en los que, sin viento y sin corrientes, la calma chicha logra que el cielo y el agua sean solo uno.

Un sentimiento raro comenzó a hormigear dentro de mí y, cuando comprendí el motivo, supe que su mirada de ángel había provocado que mi alma saltara alborozada al entrever como su gemelo a uno de su misma idiosincrasia.